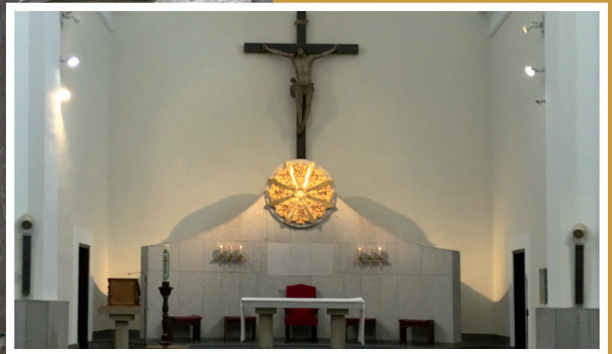


*Carta Pastoral
con ocasión del
Congreso Eucarístico Diocesano*

La Eucaristía, Hogar de la Misericordia

*✠ Francisco Cerro Chaves
Arzobispo de Toledo
Prímado de España*





CARTA PASTORAL
A LOS SACERDOTES, MIEMBROS DE LA VIDA
CONSAGRADA Y FIELES LAICOS
DE LA ARCHIDIÓCESIS DE TOLEDO

**«La Eucaristía, Hogar
de la Misericordia»**

**Con ocasión del
Congreso Eucarístico Diocesano**

✠ FRANCISCO CERRO CHAVES
Arzobispo de Toledo
Primado de España

ARZOBISPADO DE TOLEDO
Febrero, 2024
D.L. TO 49-2024

I. INTRODUCCIÓN

“Esta es la casa de Dios y la puerta del cielo” (Gn 28, 17). Esta expresión del patriarca Jacob al entrar en el santuario ha sido recogida por la Liturgia cristiana para designar el lugar de la morada de Dios, que es el templo, y que recibe tal condición, desde el Nuevo Testamento, por contener la presencia del Dios Vivo y Verdadero, condensada físicamente incluso en el milagro perpetuo que es la presencia de Jesucristo en la Eucaristía.

Lo que transforma una casa en un hogar es la presencia de aquel que hace familia, y los vínculos personales que se establecen entre los vivientes. Por eso, el Corazón Eucarístico de Jesús se convierte en nuestro hogar, en el lugar en el que sentirnos como en casa, por el amor incondicional que crea el Amor de Dios haciendo familia en la Iglesia. Esta condescendencia de Dios, que quiere vivir con nosotros “todos los días hasta el fin del mundo” (Mt 28, 20), llenando con su gracia nuestros templos y nuestras almas, e invitándonos a entrar en la comunión familiar de la Trinidad, es la que nos invita a admirarnos de que la Eucaristía pueda ser nuestro hogar aquí en la tierra y la puerta del cielo al que caminamos como peregrinos.

Estamos viviendo este año sacerdotal en nuestra Archidiócesis de Toledo, en el que hemos querido subrayar que Eucaristía y Sacerdocio nacieron conjuntamente, íntimamente ligados en la tarde del Jueves Santo en el Cenáculo. Precisamente por eso, un año sacerdotal hace referencia necesaria a los dos sacramentos que brotan a través de esos amigos fuertes de Dios que se constituyen en personificación sacramental de Jesucristo para todos los hombres: la Eucaristía y la Reconciliación. Mirar al sacerdocio de Jesucristo es entender que la mediación elegida para llegar a cada uno de nosotros y permanecer

entre nosotros es, precisamente, la de su presencia eucarística, a través de la conversión de las especies de pan y vino en su verdadero cuerpo, sangre, alma y divinidad.

Jesús vive en la Eucaristía. Ahí le podemos tocar, le podemos gustar y nos podemos asimilar progresivamente a Él. En cada sagrario de la tierra hay un germen de vida eterna, de amor verdadero e incondicional, un Corazón de puertas abiertas a todos para que podamos descansar en Él, en la humildad y mansedumbre de su alma (cf. Mt 11, 28-29). En cada templo, santuario, oratorio... el cristiano tiene un hogar para vivir en libertad espiritual y encontrar el necesario fundamento para orientar el resto de sus pasos.

Hemos querido celebrar en nuestra Archidiócesis este misterio de la Eucaristía, unido al del sacerdocio, concluyendo nuestro curso con un Congreso Eucarístico Diocesano, que tendrá por lema “La Eucaristía, Hogar de la Misericordia”, y que se celebrará del 5 al 8 de junio próximo. En esta carta quiero exponer la naturaleza de este congreso, sus contenidos y la preparación que podemos hacer hasta entonces en cada parroquia y comunidad cristiana.

1. Qué es un Congreso Eucarístico

Un Congreso Eucarístico es una particular manifestación del culto a la Eucaristía; se trata de una verdadera *statio* a la cual una Iglesia particular invita a sus diocesanos, a otras Iglesias de la misma región o de la misma nación o del mundo entero con el fin de profundizar en algún aspecto del misterio eucarístico y manifestar públicamente la fe, la unidad y la caridad¹.

Un poco de historia

El Congreso Eucarístico tiene su origen en Francia a finales del siglo XIX, como consecuencia del gran celo eucarístico de varias personas,

1 Cf. *Ritual de la Sagrada Comunión y del culto a la Eucaristía fuera de la Misa* (1973), n. 109.

entre ellas algunos laicos: san Pierre-Julien Eymard, apóstol de la Eucaristía (1811-1872), beato Antonie Chevier (1826-1879) y Mons. Gastón Adrian de Ségur (1820-1880), obispo francés, organizador del primer Congreso Eucarístico en Lille; pero, sobre todo, nace de la gran intuición que tuvo la joven Émilie-Marie Tamisier (1834-1910) que inspirada por san Pierre-Julien Eymard y apoyada por obispos, sacerdotes y laicos, para cerrar heridas de la Revolución padecida, el laicismo extendido y la falta de estima hacia la Eucaristía, promovió las “peregrinaciones eucarísticas”. Estas tuvieron una acogida extraordinaria entre los fieles y se transformaron en lo que hoy denominamos *Congresos de las Obras Eucarísticas*. Más tarde, a partir de 1881, serán acogidas por la Santa Sede, siendo bendecidas por León XIII, surgiendo de aquel germen el primer Congreso Eucarístico celebrado en la ciudad francesa de Lille (1881).

Le sucedieron distintos Congresos en suelo franco, será san Pío X quien convocará y presidirá el primer Congreso Eucarístico en Roma (1905), al año siguiente se celebrará en la diócesis francesa de Tournai (1906). Desde este año se envía un legado papal. Posteriormente el mismo Papa convocará la celebración del Congreso en tres ciudades de mayoría protestante: Metz (1907), Londres (1908) y Colonia (1909). El fin que perseguían aquellos primeros Congresos era confesar la presencia real de Cristo en el Sacramento a través de la adoración, de las grandes procesiones exaltando así el triunfo de la Eucaristía, de la defensa del reinado social de Cristo en medio de corrientes ideológicas que había que combatir.

A partir de este momento los Congresos se van a internacionalizar. Así, en 1910 tendrá lugar en Montreal (Canadá); en 1911 regresa a Europa, celebrándose en Madrid; en 1912 en Viena. Y tras la Primera Guerra Mundial, bajo el pontificado de Pío XI se celebrará en Roma. La Segunda Guerra Mundial supondrá un paréntesis. En 1952 se celebrará en Barcelona el XXXV Congreso; a partir de este momento tendrán lugar cada cuatro años. En 1960 se celebrará en Múnich, convirtiéndose la Misa en el acto central hacia la que se dirigen todos los actos previos y de cual manan las diversas manifestaciones en el culto eucarístico.

El Movimiento litúrgico va a tener un papel clave en este viraje. El P. J. A. Jungmann propuso que el Congreso debía concluir con la Misa celebrada por un legado pontificio como si fuera una *statio orbis*, retomando la costumbre de la liturgia romana de la *statio urbis* de los siglos V y VI. Se trata de unir a todas las Iglesias particulares en torno a Pedro, en un lugar concreto para manifestar su fe en Cristo Eucaristía y profundizar en su rico misterio.

En el contexto conciliar, san Pablo VI será el primer papa que asiste en 1964 a un Congreso, en concreto al XXXVIII celebrado en Bombay (India)². A partir de ese año los papas se han hecho presentes en estos Congresos.

Hoy día la repercusión mediática es menor, quizás las Jornadas Mundiales de la Juventud alentadas por san Juan Pablo II tengan mayor vigor, no obstante, en una sociedad cada vez más secularizada se hace necesario manifestar públicamente nuestra fe en el Sacramento de la Eucaristía a través de la celebración, la adoración y la procesión del Señor vivo por las calles y plazas.

Para preparar un Congreso

Para preparar un Congreso es necesario crear un ambiente que propicie el deseo de profundizar en el misterio de la Eucaristía, para vivirlo internamente, y que así transforme a los fieles y estos a su vez sean capaces de transformar las realidades en las que viven insertos. Urge, por tanto, proponer:

- a. Unas catequesis preparatorias, que ayuden a profundizar en los diversos aspectos del único *Mysterium fidei* como sacramento-

2 Estos son los siguientes Congresos hasta el que se celebra este año en Quito: 1968: XXXIX Congreso Eucarístico Internacional (CEI) Bogotá (Colombia); 1973: XL CEI Melbourne (Australia); 1976: XLI CEI Filadelfia (Estados Unidos); 1981: XLII CEI Lourdes (Francia); 1985: XLIII CEI Nairobi (Kenia); 1989: XLIV CEI Seúl (Corea del Sur); 1993: XLV CEI: Sevilla (España); 1997: XLVI CEI Breslavia (Polonia); 2000: XLVII CEI Roma (Italia); 2004: XLVIII CEI Guadalajara (México); 2008: XLIX CEI Quebec (Canadá); 2012: L CEI Dublín (Irlanda); 2016: LI CEI Cebú (Filipinas); 2021: LII CEI Budapest (Hungría); 2024: LIII CEI Quito (Ecuador).

- sacrificio, sacramento-comunión y sacramento-presencia³. Estas catequesis han de ofrecerse a los fieles con un tiempo suficiente de modo que sean trabajadas en sus parroquias o comunidades.
- b. Una participación más activa en la liturgia, fomentando la escucha de la Palabra de Dios y el sentido fraterno de la comunidad.
 - c. Una investigación de las realidades sociales más necesitadas para que el Congreso tenga una repercusión en los más necesitados, imitando a la primitiva comunidad (cf. *Hch* 4,32)⁴.

Elementos esenciales de un Congreso

Los elementos esenciales que constituyen la celebración de un Congreso son:

- a. La celebración eucarística, como fuente y culmen de la vida de la Iglesia. La Eucaristía es el centro del Congreso, hacia ella convergen todos los preparativos, así como las conferencias u otras actividades o celebraciones; de ella surge el culto fuera de la Misa en la adoración sosegada y las procesiones eucarísticas.
- b. El tema escogido para el Congreso ha de ser la base de la celebración de la liturgia de la Palabra y de las conferencias que han de contribuir a profundizar en algunos aspectos del Sacramento de la Eucaristía.
- c. Un momento fuerte es el culto a la Eucaristía fuera de la Misa, con ratos prolongados para la adoración del Santísimo Sacramento, que posibilite la interiorización de cuanto se ha expuesto en las charlas o conferencias.
- d. Asimismo, las procesiones eucarísticas son un momento singular en las que se manifiesta públicamente la fe en la Presencia real de Cristo en el Sacramento, que se ha celebrado, estudiado y adorado durante la jornada del Congreso⁵.

3 Cf. SAN JUAN PABLO II, Carta encíclica *Redemptor hominis*, n. 20

4 Cf. *Ritual de la Sagrada Comunión ...*, n. 111.

5 Cf. *Ritual de la Sagrada Comunión ...*, n. 112.

2. Por qué un Congreso Eucarístico Diocesano

En nuestra Iglesia de Toledo llevamos un trienio preparándonos para la celebración del XXVI Sínodo Diocesano. En el marco del tercer curso de preparación, dedicado a los sacerdotes como testigos de la misericordia divina, me ha parecido oportuno convocar este Congreso Eucarístico Diocesano como signo de comunión entre el obispo, su presbiterio, la vida consagrada y los fieles laicos. Comunión en Cristo Jesús, verdaderamente presente en el misterio eucarístico que es el cimiento de nuestra Iglesia, razón de nuestra esperanza y que nos ayuda a mirar con confianza al futuro de nuestra singladura diocesana en comunión con Pedro.

En esta comunión con el Papa Francisco, queremos que nuestro Congreso sea un instrumento de preparación al próximo LIII Congreso Eucarístico Internacional que se celebrará en Quito (Ecuador) los días 8 al 15 de septiembre. Se trata de una convocatoria del Papa a todas las Iglesias particulares para situar a Cristo Eucaristía en el origen y vértice de la vida de la Iglesia, con el fin de avivar la «Fraternidad para sanar el mundo» como señala el lema de este Congreso, porque «todos vosotros sois hermanos» (Mt 23,8), tal y como recuerda el texto evangélico que lo acompaña. En este sentido todas las iniciativas y recomendaciones que proponemos para preparar nuestro Congreso sirven para unirnos a esta cita internacional.

Convocamos este Congreso Eucarístico Diocesano, porque queremos dejarnos introducir en la Eucaristía, verdadero hogar y escuela de donación. La Redención actualizada en el misterio eucarístico nos introduce en la vida de amor de las tres Personas divinas. El Espíritu Santo, amor del Padre y del Hijo, se derrama sobre nosotros, para unirnos al sacrificio de Cristo al Padre; asociados a esta ofrenda, nos hacemos uno con Cristo y, en Cristo, tenemos la experiencia gozosa de permanecer en las entrañas amorosas del Padre. Ahí experimentamos el amor incondicional y la donación constante, que han de prolongarse en la vida cotidiana, convirtiéndonos en verdadero sacrificio de alabanza. Necesitamos permanecer en Dios, para entregar la vida en el

reto de la nueva evangelización. Atravesados por el amor de la Trinidad hemos de proponer uno a uno tener esa experiencia de encuentro con Cristo, que, en la Eucaristía, nos lleva al hogar del Padre, donde se halla el descanso.

Queremos dejarnos introducir en la Eucaristía, verdadero hogar y escuela de discipulado. Acogiendo la Palabra que es proclamada en la primera mesa y que nos prepara a la segunda, para masticar esa Palabra hecha carne y ofrecida en el altar del sacrificio, la Eucaristía nos configura como verdaderos discípulos en el seguimiento del único Maestro. Del mismo modo, nos capacita para escuchar a los hermanos moviendo nuestro corazón a la acogida de aquellos que no piensan o viven como nosotros. El Sínodo que celebraremos quiere ponernos a la escucha del Espíritu Santo como Iglesia particular para ver los desafíos que nos lanza el momento actual y cómo hemos de responder desde la fidelidad a la Palabra de Dios y al Magisterio ininterrumpido sin ambages y con verdad, para que nuestra Iglesia de Toledo tenga vida abundante (cf. *Jn* 10,10) y la distribuya. Necesitamos verdaderas parroquias y comunidades discipulares, que escuchen al Maestro, que ardan en su fuego redentor. Difícilmente habrá apóstoles vigorosos si no hay discípulos permanentes.

Queremos dejarnos introducir en la Eucaristía, verdadero hogar y escuela de misericordia. «Y cuando por desobediencia perdió tu amistad, no lo abandonaste al poder de la muerte, sino que, compadecido, tendiste la mano a todos, para que te encuentre el que te busque...»⁶. Jesús, Hijo Unigénito, se ofreció al Padre por medio de su sangre derramada, para redimirnos del pecado y hacernos hijos en él. Vivir la Eucaristía es experimentar cómo la mano de Cristo se alarga y nos estrecha con la del Padre misericordioso. La Eucaristía nos perdona los pecados veniales y nos previene de caer en los mortales; asimismo, nos lanza al sacramento de la Misericordia, que en este año sacerdotal queremos volver a proponer a todos como un verdadero lugar de sanación y crecimiento en la vida de Cristo. Invito a los sacerdotes a seguir ocupando la sede penitencial con generosidad y a todos a acudir a esta fuente de esperanza y de celo apostólico.

6 MISAL ROMANO, *Plegaria Eucarística* IV.

Queremos dejarnos introducir en la Eucaristía, verdadero hogar y escuela de caridad sincera. San Juan de Ávila decía en un sermón: «Si me mandáis, Señor, hacer lo que vos hicisteis, dadme vuestro corazón»⁷. La Eucaristía nos transforma en Aquel a quien comulgamos, recibiendo sus mismas entrañas compasivas, que miran con predilección a los pobres, a los sencillos, a los que no cuentan a los ojos de los grandes de este mundo. La Eucaristía nos enseña la dinámica del buen Pastor que busca a cada oveja, especialmente a la extraviada. En este sentido queremos tener un gesto caritativo como fruto del Congreso. En este año dedicado a los sacerdotes será la ayuda para la rehabilitación de una parte de la Casa Sacerdotal Cardenal González Martín con el fin de adecuarla a los sacerdotes ancianos que necesitan una asistencia especial.

El Congreso Eucarístico Diocesano estará marcado por cuatro etapas, que se distribuyen en cuatro puntos de la amplia geografía diocesana. Esta dinámica nos permitirá descubrir la riqueza del misterio eucarístico presente en nuestra archidiócesis. Haremos una primera etapa en Camuñas, donde el culto eucarístico fuera de la Misa en la solemnidad del Corpus Christi tiene una identidad propia a través de la religiosidad popular con los Danzantes. La segunda etapa se detiene en Oropesa, en el Templo Expiatorio de las hermanas de la Fraternidad Reparadora, donde profundizaremos en el sentido sacrificial de la Eucaristía y la reparación. La tercera etapa se encuentra en el Santuario de los Sagrados Corazones en Toledo, donde Cristo de Corazón abierto nos abre su hogar en los sacramentos de la Eucaristía y de la Misericordia. Y la cuarta y última en Torrijos, donde la venerable Teresa Enríquez de Alvarado, denominada por el Papa Julio II “la loca del Sacramento”, nos enseña el amor fervoroso a la Eucaristía y la adoración.

Invito a los sacerdotes con estas hermosas palabras de san Gaudencio de Brescia a recordar cómo el Señor nos confió celebrar incesantemente los misterios de la vida eterna hasta que él vuelva para que así «tanto los mismos sacerdotes como los fieles todos, teniendo

7 SAN JUAN DE ÁVILA, *Sermón* 57.

cada día ante nuestros ojos y en nuestras manos el memorial de la pasión de Cristo, recibéndolo en nuestros labios y en nuestro pecho, conservemos el recuerdo indeleble de nuestra Redención»⁸. Entremos en este hogar abierto a todos.

II. ACENTOS A DESTACAR EN ESTE CONGRESO

1. Renovación de la religiosidad popular eucarística

Nuestro Congreso Eucarístico Diocesano comenzará en la Parroquia de Camuñas. Desde hace siglos, todo este pueblo se implica en la celebración de su Corpus que se plantea en torno a la celebración de la Santa misa de la Solemnidad y la procesión concebida como una anticipación o preguiso de la venida del Señor en la Gloria.

Son los diversos lugares del mundo donde a la procesión litúrgica de esta solemnidad se han sumado algunos elementos tomados de la religiosidad ancestral de los pueblos iluminada ahora por la luz del Misterio Pascual de Jesucristo.

La lucha entre el bien y el mal, los “demonios” que a todos los seres humanos atormentan, son puestos en fuga por la fuerza de la victoria de Cristo. En la tradición bíblica, esto se expresa al ser arrojados Satanás y sus ángeles al abismo, anunciando la apertura de las cárceles a las almas cautivas y su incorporación al cortejo triunfal del Redentor que culmina en el Cielo. Las danzas y los elementos representan esta derrota de Satanás, que es puesto en fuga, y la procesión es el cortejo triunfal de Cristo Redentor que nos conduce con Él al Cielo.

En el año 2002, la entonces Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos editó su *Directorio sobre la Piedad Popular y la Liturgia*; en él se dedican los números del 160 al 165 a la Solemnidad del Cuerpo y la Sangre del Señor en la Adoración Eucarística⁹.

8 SAN GAUDENCIO DE BRESCIA, *Tratado 2*, 68, 30-32.

9 CONGREGACIÓN PARA EL CULTO DIVINO Y LA DISCIPLINA DE LOS SACRAMENTOS, *Directorio sobre la Piedad Popular y la Liturgia*, nn. 160-165.

Allí, en el número 160, leemos: «Durante siglos, la celebración del Corpus Christi fue el principal punto de confluencia de la piedad popular a la Eucaristía. En los siglos XVI-XVII, la fe, reservada por la necesidad de responder a las negociaciones del movimiento protestante, y la cultura “Arte, literatura, folclore”, han contribuido a dar vida a muchas y significativas expresiones de la piedad popular para con el misterio de la Eucaristía».

Aquí (n. 161) el mismo documento nos señala con gran énfasis en lo que llama “dos realidades de fondo” que han de caracterizar la piedad eucarística de los católicos, a saber:

«1º Que el punto de referencia supremo de la piedad eucarística es la Pascua del Señor; la Pascua, según la visión de los Padres, es la fiesta de la Eucaristía, como, por otra parte, la Eucaristía es, ante todo, celebración de la Pascua, es decir, de la Pasión, Muerte y Resurrección de Jesús;

2º Que toda forma de devoción eucarística tiene una relación esencial con el Sacrificio Eucarístico, ya porque dispone a su celebración, ya porque prolonga las actitudes culturales y existenciales suscitadas por ella».

Por su parte, en el número 162, el Directorio propone la Procesión de la Solemnidad del Cuerpo y de la Sangre del Señor como modelo de todas las demás procesiones eucarísticas que la piedad eucarística puede suscitar; y esto porque en el Corpus, la procesión arranca tras la celebración de la Misa de la Solemnidad en la que se ha consagrado la Sagrada Forma que se muestra en la Custodia a lo largo de la Procesión.

Pero este mismo número 162 pide que en la procesión del Corpus y, por ende, en toda procesión eucarística, todos los elementos que la integren «muevan a todos a manifestar su fe en Cristo, atendiendo únicamente a la alabanza del Señor».

El Directorio recuerda que la más antigua y originaria procesión eucarística, pese a ser de por sí breve, es la que se realiza al final de la Misa en la Cena del Señor en la tarde del jueves Santo, llevando las formas consagradas en esa Misa y no consumidas en la comunión al lugar de la Reserva Solemne donde se invita a los fieles a «velar y orar para no caer en la tentación».

Además, esta piedad eucarística resulta muy orientadora para conseguir la armonía entre liturgia y piedad popular que recomienda ya el Concilio Vaticano II en la Constitución *Sacrosanctum Concilium* (n. 12 y 13), en este sentido conviene recordar el último párrafo del número 165 del Directorio que dice: «en estos momentos de adoración se debe ayudar a los fieles para que empleen la Sagrada Escritura como incomparable libro de oración, para que empleen cantos y oraciones adecuadas, para que se familiaricen con algunos modelos sencillos de la Liturgia de las Horas, para que sigan el ritmo del Año Litúrgico, para que permanezcan en oración silenciosa. De este modo, comprenderán progresivamente que durante la adoración del Santísimo Sacramento no se deben realizar otras prácticas devocionales en honor de la Virgen María y de los Santos. Sin embargo, dado el estrecho vínculo que une a María con Cristo, el rezo del Rosario podría ayudar a dar a la oración una profunda orientación cristológica, meditando en él los misterios de la Encarnación y de la Redención».

Aunque pueda parecer que la piedad eucarística, singularmente la adoración eucarística, no llega al corazón de los cristianos de nuestro tiempo, porque las tradicionales asociaciones y congregaciones eucarísticas flojean en números de miembros, no olvidemos el otro dato que se confronta con éste: el auge, por todo el mundo cristiano, del fenómeno de las capillas de adoración perpetua y el dato de cómo en todas las nuevas formas de espiritualidad y evangelización la adoración eucarística ocupa un papel central, aunque sea rodeado de nuevas formas de expresar la misma así como la alabanza.

Por eso invito a todos los sacerdotes de nuestra archidiócesis a cuidar que las manifestaciones de piedad eucarística, tanto antiguas como nuevas, se muevan en los parámetros que el Directorio nos ha recordado.

De una verdadera piedad eucarística brota la auténtica renovación de la Iglesia. Hoy necesitamos cristianos y pastores que sean seres humanos maduros y equilibrados, con una comprensión de la vida cristiana que, sabiéndose nacida del don, nos lleva también necesariamente a la propia donación, en una vida entera marcada por la misión y la caridad. Pero la adoración, lejos de distraernos de estas actitudes,

nos enseña a enraizarnos en ellas y suscita caminos de conversión, de apertura generosa y de respuesta positiva a las llamadas del Señor. Nuestra Iglesia solo puede superar sus tentaciones y las diversas formas de mundanidad si lo hace desde una auténtica y firmemente fundamentada espiritualidad, por el encuentro personal con el Señor vivo, en la Eucaristía, celebrada, comulgada, adorada y hecha principio vital.

2. Redescubrir el sentido cristiano de la reparación

Nuestra archidiócesis tiene desde hace años un Templo Expiatorio situado en el antiguo Monasterio Concepcionista de Oropesa que, tras la marcha de las hijas de Santa Beatriz de Silva, fue, por un tiempo, Casa de Ejercicios parroquial y cumplió diversas funciones.

Fue nuestro recordado predecesor, el Cardenal González Martín, Don Marcelo, quien confió este lugar a la Fraternidad Reparadora en el Corazón de Cristo, que por su carisma ha venido ayudando a que este templo sea realmente un lugar de conversión, adoración, alabanza y entrega generosa de la vida en comunión con el Sacrificio eterno de Cristo Sacerdote.

Deseo vivamente que nuestro Congreso Eucarístico sirva para poner este singular Templo en el centro de atención de toda nuestra archidiócesis. La expiación y la reparación, tan presentes en el lenguaje y en las formas de espiritualidad católica, de los siglos XIX y XX hasta la Segunda Guerra Mundial, fueron casi desterradas del vocabulario teológico y espiritual de la Iglesia tras el Concilio Vaticano II.

La nueva sensibilidad ecuménica y el deseo de hablar a los hombres, nuestros contemporáneos, con un lenguaje más cercano al horizonte cultural, hizo que quedasen casi exclusivamente para referirse a Cristo y su Misterio Pascual, pero no para aplicarlas a la Iglesia o a sus miembros. Más tarde, poco a poco, se ha producido una más equilibrada reapropiación de este lenguaje, pero acompañado de oportunas precisiones teológicas.

La Eucaristía es por antonomasia el Sacramento de la Pascua. En ella, el Misterio Pascual de Cristo aparece con toda su centralidad y eficacia.

Pero la Eucaristía no termina su acción transformadora operando sobre el pan y el vino, que son consagrados y pasan a ser cuerpo y sangre, humanidad y divinidad de Cristo, Memorial de toda su Vida y de la propia Historia de la Salvación que en Él se unifica. La Eucaristía es para convertir a los que, de diversos modos van participando por Ella, especialmente mediante la Comunión, en lo que Ella es. Y propiciando, del modo más pleno, el que sea posible la apropiación personal de la obra y el ser de Cristo, con razón se afirma «la Eucaristía hace a la Iglesia».

Así podemos llegar a decir con el Apóstol «es Cristo que vive en mí» y podemos llegar a ser con Él «víctima viva para alabanza del Padre».

Como en el Ministerio Pascual de Cristo descubrimos que su más poderoso deseo no es sufrir, sino cumplir la voluntad del Padre, «que quiere que todos los hombres se salven y lleguen a la plenitud de la Verdad». También el objetivo de la piedad eucarística no es reproducir en todos nosotros los sufrimientos físicos y espirituales de Jesucristo, sino compartir su obediencia y su amor filiales que nos pueden llevar, en el designio divino, a vivir heroicamente las virtudes, particularmente la caridad, y a gastarnos y desgastarnos en la Obra de Dios y la Misión hasta, si Dios quiere, el Martirio.

El amor a Dios y al prójimo, recibido y aprendido en la escuela de la Eucaristía, en el Corazón de la Iglesia, hace de nosotros, sacerdotes, altares y víctimas, con peculiares concreciones externas si participamos en el sacerdocio de Cristo por el bautismo y la Confirmación o si hemos añadido un nuevo modo de configuración con Él a través de la Ordenación sacerdotal.

Sin Eucaristía no podemos vivir, ser cristianos. ¡Cómo puede haber cristianos no “practicantes”, o mejor, no participantes!

Desde esta plataforma del Congreso os digo, desde lo más profundo de mi corazón de Pastor: «Gustad y ved lo bueno que es el Señor».

Ya decía el Santo Cura de Ars: La vida del cristiano, ¡cuánto más de los consagrados, de los sacerdotes!, se resume en dos palabras: «Orar y Amar». Así se desarrolla la configuración con Cristo, aquí se realiza la reparación propia y se participa en la del Universo, de este modo es vencido el maligno y se construye la comunión eclesial. Orando y

amando a Dios y al prójimo con un amor, como el que nos da a comer Cristo en la Eucaristía, dando la vida en rescate por muchos. La preocupación dominante por la propia fama, éxito, prestigio, salud, abundancia, gustos y caprichos, comodidades, es incompatible con la vida de gracia. La Eucaristía nos lleva a tomar por alimento algo que realmente el mundo no conoce, la voluntad del Padre, sus mandamientos, las obras de misericordia, el estilo de vida de las bienaventuranzas.

Todo esto se come y bebe, se aprende y se cumple en nosotros si nos dedicamos y tomamos como interés dominante de nuestra vida la cada vez más plena y fructuosa participación en la Eucaristía, sacramento del Sacrificio de Cristo, sacramento de su Pascua. La Espiritualidad Cristiana y Eucarística no se manifiesta, primordialmente, por arrobamientos o fenómenos llamativos, ni por sentir muy intensamente. Sino que, como la semilla depositada por el labrador, germina inmolándose en lo oculto, dejándose fecundar y alimentar por la luz y el agua en la Oración litúrgica y no litúrgica, y en el ejercicio monótono del cumplimiento fiel de las obligaciones de estado y al dar frutos de virtud, singularmente de humildad y de caridad.

El «olor de santidad», que es más fama que olor, vale lo llamemos así si recordamos que los perfumes exhalan su aroma evaporándose o consumiéndose, dando su vida.

¡Qué bueno es para ser cristiano de cuerpo y alma enteros, leer con inteligencia vidas serias de santos y santas! La genuina vida de santidad es terapéutica, contribuye con mucho a alcanzar la madurez personal y es motor que impulsa a salir fuera, a darse a gastarse y desgastarse. Como nos llena de alegría y de paz.

3. La Eucaristía, hogar abierto a todos

La ciudad de Toledo, cuyo patrimonio es de una belleza única, recibe cada día multitud de turistas. En ocasiones los observo deambulando por las calles y plazas y surge en mí la pregunta acerca de las aspiraciones más profundas de sus corazones: proyectos y alegrías, sufrimientos y fracasos, esperanzas y logros, miedos e inquietudes.... Viajar es un

regalo, ensancha los horizontes y enriquece la experiencia personal. Mas tantas veces puede llegar a convertirse en una válvula de escape con el fin de no detenerse a enfrentar las grandes cuestiones de la vida...

La experiencia particular de estos visitantes puede trasladarse a la vida de todos los diocesanos, que en el día a día bregan en sus trabajos, negocios, familias...introduciéndose en un viaje que muchas veces no tiene destino. Hoy quisiera lanzar esta pregunta: ¿A dónde me dirijo?, ¿tengo programada una ruta de viaje en mi vida?, ¿cuento con el GPS adecuado que me lleve al destino?, ¿sé que hay un hogar de puertas abiertas donde soy querido y amado incondicionalmente?

Quizás no todos conozcan a Cristo, no hayan tenido la gracia de un encuentro personal con él, porque su familia no era cristiana, porque abandonó pronto la práctica religiosa, pero todos tenemos la experiencia del amor. Todos necesitamos amar y ser amados. La sencilla agudeza del Papa Benedicto XVI le hizo lanzar su primera encíclica con el título *Deus caritas est* marcando su ministerio petrino y el fundamento de nuestra fe. En esas primeras líneas escribió con su profundidad acostumbrada: «“Hemos creído en el amor de Dios”: así puede expresar el cristiano la opción fundamental de su vida. No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva»¹⁰. Y es que corremos el riesgo de tratar a Jesús como a un personaje y no como a una persona. Ciertamente del personaje se pueden decir o escribir muchas cosas, pero al fin y al cabo pertenece al pasado. Por el contrario, con una persona podemos hablar cara a cara, sin tiempo, aquí y ahora, puesto que pertenece al presente. ¡Jesús es Persona divina! ¡Y está viva en el Sacramento de la Eucaristía!

Me gustaría gritar a cada uno esta gran verdad: que Él está presente en el misterio eucarístico, donde se compendia el secreto de la felicidad, la plenitud de la existencia humana; que el Bien procede del tabernáculo desde donde Jesús paciente nos bendice a cada instante y nos atrae como un poderoso imán; que la Verdad se halla en el Verbo que tomó

10 BENEDICTO XVI, Carta encíclica *Deus caritas est*, n. 1.

carne de María y está presente en la Escritura y en el Sacramento del altar; que la Belleza que van buscando se encuentra en el rostro de aquel que es el más bello de los hombres, Cristo, que padeció muerte de cruz por nosotros; que la salud y la esperanza provienen del único que es Médico, que se hace medicina de inmortalidad en el banquete de la Eucaristía. ¡Ahí está Jesús!, ¡ahí está Dios!

Aquellos discípulos de Emaús (cf. *Lc 24,13-35*) emprendieron un viaje de no retorno a sus hogares y tareas pretéritas; mas en el camino apareció el desconocido peregrino interesado por la oscuridad de sus corazones. Aquellos discípulos tuvieron la gracia de ser acompañados en su camino vacilante; el interés del peregrino acerca de las cosas que discutían los condujo a sacar de su interior aquello que les hería y desconcertaba. Pensaban que todo había sido un bonito sueño de tres años, pero simplemente un sueño. La cruz lo engulló todo. La oscuridad se cernía por doquier. Mas Jesús les explicó cómo todo era necesario para que así entrara en la gloria y les ofreció la más profunda de las exégesis de las Escrituras en todo lo que se refería a Él. Así fue levantando y prendiendo los corazones de sus discípulos. Su Palabra fue la llave que abrió los corazones cerrados. Y al caer la tarde, encendidos en la hoguera del Espíritu, le apremiaron a que se quedase “con” ellos. Jesús accedió y —en un gesto de extraordinaria generosidad— no solo se quedó “con” ellos, sino “en” ellos¹¹.

Aquel día ambos discípulos fueron introducidos en el hogar paterno. Hechos uno con Cristo, por la participación en aquella fracción del pan, pudieron introducirse en las entrañas del Padre: «Yo y el Padre somos uno» (*Jn 10,30*). La Eucaristía es descansar en el seno del Padre, como nos muestra el discípulo predilecto en la cena pascual. En sus corazones ha comenzado a amanecer: hay luz, claridad y, ante todo, fuego. Y esta ardiente experiencia les hace retornar al lugar de donde nunca tenían que haber salido: el cenáculo, el corazón de la Iglesia, donde encontraron a los demás discípulos reunidos.

La experiencia gozosa de los de Emaús es la que hemos de proponer a cada hombre, que camina por la vida, para ofrecerle un camino,

11 Cf. SAN JUAN PABLO II, Carta apostólica *Mane nobiscum, Domine*, n. 19.

una brújula y una meta en donde alcanzar sus más profundas y nobles aspiraciones.

Hemos de hacer de nuestras parroquias y comunidades verdaderos cenáculos, donde recibamos a tantos hermanos, que en el camino de la vida han sido encontrados por Jesús y retornan al buen Dios, el verdadero hogar abierto a todos. Y es en el cenáculo de la Eucaristía, donde al escuchar su Palabra y masticar su Cuerpo, como Jesús enardecerá sus corazones y los transformará en verdaderos discípulos y valientes apóstoles.

Quisiera señalar algunos de los caminos, que aún sin darnos cuenta, nos alejan del hogar del Padre:

El camino del *individualismo y subjetivismo*. En un mundo hiperconectado resulta paradójico hallar tanta soledad. Hemos creado herramientas extraordinarias de comunicación, que, sin embargo, pueden lastrarnos en una soledad estéril, que nos lleva al repliegue sobre nosotros mismos, erigiéndonos en centro de todo y de todos. Individualismo que construye personalidades narcisistas, incapaces de empatizar con los demás, proclives a proponerse metas que superan las propias capacidades y en cuyo objetivo pueden salir damnificados no pocos de los que se encuentran en su camino. Individualismo, o bien que se convierte en un autorreferencialismo, que presume sin pudor de los propios éxitos y de los ajenos de los que se adueña injustamente; o bien que se cierra en la melancolía de sus propias heridas y soledades.

Todo este camino de prisión interior y a la vez de ascenso en detrimento de los demás lesiona el corazón humano, lo frustra a la tristeza de conquistas que no puede compartir y lo conduce al vacío. Qué triste sería un día sin nadie a nuestro alrededor. Esa es la experiencia que subyace en el fondo de este camino.

Pero el Resucitado se hace contradictorio en este camino para poner remedio. En primer lugar, convirtiéndose en compañero de viaje. ¡Necesitamos ser acompañados y dejarnos acompañar! Ahí descubrimos la oportunidad de darnos con todas las capacidades que Dios nos ha regalado y de recibir lo que Dios a través de los demás nos quiere dar. El camino de retorno al cenáculo nos hace llegar al hogar de la Eucaristía,

donde encontramos a muchos hermanos, todos distintos, mas todos marcados por la Pascua, ungidos y consagrados para ser uno en Cristo (cf. *Jn 17,21-26*). La Eucaristía es fuente de comunión, construye y dinamiza la Iglesia y nos cura del lastre del individualismo. La Eucaristía nos enseña a salir de nosotros mismos, a entregarnos, a hacer el bien siempre y a todos gratuitamente. «Es precisamente la demostración del amor entre nosotros lo que nos atrae el odio de algunos que dicen: “¡mirad cómo se aman!”, mientras ellos se odian entre sí. ¡Mirad cómo cada uno está dispuesto a morir gustosamente por el otro!, mientras ellos están dispuestos, más bien, a matarse unos a otros»¹².

El camino del *relativismo*. Consecuencia de un individualismo creciente ha surgido en nuestros días el relativismo, la claudicación a conocer, proponer y defender la verdad, cueste lo que cueste. El sabio y virtuoso Papa Benedicto XVI hablaba de la “dictadura del relativismo”; un nuevo orden en la comprensión de las cosas, del mundo y del hombre, que expulsa a Dios de lo público y lo reduce a un apéndice de tiempos pretéritos débiles. Este pensamiento ha ido carcomiendo de modo sutil el cimiento de nuestras sociedades e incluso ha penetrado en la Iglesia. Se trata de una cobarde renuncia al martirio por amor a la verdad, que envejece y encadena a la persona, sometiéndola al criterio de los que ostentan el poder, incapaz de mostrarse crítica ante el error o la maldad y optando por una falsa tolerancia o buenismo. El que recorre este camino frustra en sí la libertad propia y la ajena, ya que en la conquista de amigos y beneficios convierte a sus semejantes en peldaños que ha de pisar.

Pero el Señor vivo sale al encuentro de esta senda que conduce a la oscuridad y destrucción. Como a aquellos discípulos también hoy ilumina las mentes y los corazones de los que viven en el error y la falsedad. Es la más alta forma de caridad: «Defender la verdad, proponerla con humildad y convicción y testimoniarla en la vida son formas exigentes e insustituibles de caridad. Ésta “goza con la verdad” (*1 Co 13,6*). Todos los hombres perciben el impulso interior de amar de manera auténtica; amor y verdad nunca los abandonan completamente, porque son la

12 TERTULIANO, *Apologético* 39,7.

vocación que Dios ha puesto en el corazón y en la mente de cada ser humano. Jesucristo purifica y libera de nuestras limitaciones humanas la búsqueda del amor y la verdad, y nos desvela plenamente la iniciativa de amor y el proyecto de vida verdadera que Dios ha preparado para nosotros. En Cristo, la *caridad en la verdad* se convierte en el Rostro de su Persona, en una vocación a amar a nuestros hermanos en la verdad de su proyecto. En efecto, Él mismo es la Verdad (cf. *Jn 14,6*)¹³. Contemplando y masticando la Eucaristía nos hacemos uno con la verdad y asumimos las gozosas consecuencias de padecer por ella con valentía, cueste lo que cueste, aunque sacrifiquemos la propia vida. Volver al hogar del cenáculo es entrar en el esplendor de la verdad, que libera y hace vivir como auténticos hijos del Padre.

El camino de *la apariencia*. En la dinámica de encerrarse en uno mismo y de no estimar la verdad encontramos el “vestido” de la apariencia, que tanto daña al corazón humano. El temor a no ser considerado, reconocido, valorado... crea una dinámica de ficción en búsqueda del aplauso, del reconocimiento y de la estima. Todo ello lleva a un consumo desmedido, a un materialismo que vacía y sume a la persona en la superficialidad, alejándola de su auténtica identidad y de su meta última.

También el Resucitado desciende a este camino. Él que es el sumo Bien y la clara Verdad, aparece aquí como la Belleza inefable, donde no hay doblez ni subterfugio; todo en él es claridad y transparencia, luz que penetra los sentidos interiores iluminando la vocación de cada persona: amada de Dios, elegida y constituida en hija; luz que eleva los sentidos interiores a las realidades más altas, a la vida eterna.

Jesús recondujo la vida de aquellos discípulos que se quedaron en la apariencia de los acontecimientos. Así, les mostró que la belleza está presente tanto en el rostro sin figura del Calvario como en el rostro atrayente del Tabor (cf. *Sal 45,3*), porque en sus entrañas el bien y la verdad siempre están abrazados.

Hoy toda persona que halla cualquier forma de belleza experimenta la sed de una Belleza más alta, aquella que salva rompiendo las cadenas de la apariencia y la superficialidad. La belleza es sencilla y gratuita y

13 BENEDICTO XVI, Carta encíclica *Caritas in veritate*, n. 1.

siempre libera, elevando. Con qué profundidad expresa san Agustín cómo Jesús le salió al encuentro en este camino errado: «¡Oh, eterna verdad, verdadera caridad y cara eternidad! Tú eres mi Dios, por ti suspiro día y noche. Y, cuando te conocí por vez primera, fuiste tú quien me elevó hacia ti, para hacerme ver que había algo que ver y que yo no era aún capaz de verlo. ¡Tarde te amé, Hermosura tan antigua y tan nueva, tarde te amé! Y tú estabas dentro de mí y yo afuera, y así por fuera te buscaba; y, deforme como era, me lanzaba sobre estas cosas hermosas que tú creaste. Tú estabas conmigo, mas yo no estaba contigo. Reteníanme lejos de ti aquellas cosas que, si no estuviesen en ti, no existirían. Me llamaste y clamaste, y quebrantaste mi sordera; brillaste y resplandeciste, y curaste mi ceguera; exhalaste tu perfume, y lo aspiré, y ahora te anhele; gusté de ti, y ahora siento hambre y sed de ti; me tocaste, y deseé con ansia la paz que procede de ti»¹⁴.

La liturgia, en el conjunto de signos y símbolos, es un compendio de belleza que conduce a Jesucristo, la Belleza que salva. Ante el misterio de la Eucaristía surge el asombro al descubrir la verdad y la belleza de la presencia del Dios vivo, que nos lleva a la adoración¹⁵, la actitud más certera de lo que somos, creaturas. Ahí está la auténtica conversión.

El camino del *hedonismo* y del *placer*. La vida ciertamente es una lucha contra el mal y la muerte, ¡queremos vivir! Mas en ocasiones se intenta ocultar la verdad de nuestra contingencia humana: la enfermedad, el sufrimiento y la muerte. Queremos vivir la vida sin sufrir y en ese camino de huida buscamos el confort, el lujo, la ostentación, el placer y la sensualidad desatada que conduce a adicciones perniciosas; no queremos problemas ni dificultades y menos comprometernos a nada que nos robe “nuestra” vida. Se trata de “sobrevivir” en la mundanidad, sin albergar la esperanza de llegar a la plenitud de la vida que nos aguarda más allá de esta existencia humana. Descender por esta senda nos conduce al egoísmo y al sinsentido.

Mas Jesús vivo quiere recorrer también hoy este sendero con nosotros. La enfermedad y la muerte son realidades propias de nuestra

¹⁴ SAN AGUSTÍN, *Las Confesiones*, Libro 7, 10.

¹⁵ Cf. FRANCISCO, Carta apostólica *Desiderio desideravi*, n. 25.

condición humana y él nos las muestra como un camino necesario para entrar en la gloria. La voluntad del Padre, abrazada por Jesús, fue salvarnos a través del interrogante más profundo que latía en la mente y el corazón humanos: el sufrimiento y la muerte. Sabemos que desde que Jesús sufrió y murió ya nadie sufre y muere solo; él nos sostiene, nos alienta y da un sentido lleno de esperanza a toda circunstancia adversa que podamos experimentar. La cruz es el único camino que nos introduce en el cielo y, tarde o temprano, aparece en la propia vida.

Hoy Jesús, verdadero Médico del Padre, se hace “medicina de inmortalidad” en la Eucaristía; en este hogar podemos encontrar los cuidados y la salud que necesitamos. Y, sobre todo, el sentido último de todo lo “doloroso” que Dios permite en nuestra vida. Asimismo, en el abrazo que Jesús nos ofrece en el sacramento de la Reconciliación, él perdona todos nuestros pecados y sana las heridas más profundas de nuestros corazones.

El Santuario de los Sagrados Corazones en Toledo pretende descubrirnos el camino que conduce a nuestro verdadero hogar, donde Cristo, de Corazón abierto, aguarda la vuelta de tantos hijos pródigos que le han experimentado en el camino como el Bien, la Verdad, la Belleza y la Misericordia. Pido a Jesús que cada parroquia y comunidad en nuestra archidiócesis se convierta en un verdadero hogar abierto a todos, donde Jesús Eucaristía sea la fuente y el fin de toda su vida¹⁶.

4. El culto a la Eucaristía, la adoración

El Señor celebró la Pascua con los doce, consciente de haber llegado la “hora” para la que el Padre le había enviado. Invitó a los suyos a disponer aquella sala del piso superior, y al caer la tarde tomó el pan entre sus manos y bendijo a Dios diciendo: «Esto es mi cuerpo, que se entrega por vosotros; haced esto en memoria mía» (Lc 22,19). Aquellas palabras anticipaban su muerte redentora en la cruz, donde fue clavado su cuerpo; de este cuerpo suspendido en el madero brotó su preciosa sangre cumpliendo las palabras pronunciadas al tomar el cáliz: «Bebed

¹⁶ Cf. CONCILIO VATICANO II, Constitución *Lumen gentium*, n. 11.

todos; porque esta es mi sangre de la alianza, que es derramada por muchos para el perdón de los pecados» (Mt 26,27-28).

Aquella noche, todos los elementos propios de la Pascua judía se cumplían en la persona de Jesús. Aquel cordero, que en el monte Moria había ocupado el lugar de Isaac, ahora en otro monte, el Calvario, ocupará el lugar que nos correspondía a los hijos. Jesús, tras ser señalado por el Bautista en el Jordán como «el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo» (Jn 1,29), cumplimiento del Siervo de Yahveh, será presentado por san Juan —que en su evangelio no nos proporciona el relato de la institución eucarística— como aquel que es elevado en la cruz. El evangelista hace coincidir su muerte con el momento en que en el templo se sacrificaban los corderos para la celebración de la Pascua (cf. Jn 19, 31.42), mostrando el sacrificio de Cristo como cumplimiento de todo el culto judío y la “hora” de la manifestación de la “gloria” del Padre, cuyo anhelo es que el hombre participe de su misma vida¹⁷.

Así Jesús, en aquella cena pascual se presenta a los suyos como el verdadero y definitivo cordero. En la Pascua —cuya celebración es recogida por la haggadà—, el cordero constituía el elemento esencial. Así las palabras de Jesús sobre el pan y el vino nos hacen comprender que él es el verdadero Cordero, de cuyo cuerpo atravesado brota la sangre salvadora por la vida del mundo (Jn 6,51).

«Haced esto en memoria mía» (Lc 22,19). En el cenáculo nace el sacerdocio que Jesús confía a los suyos. Y así, cada vez que un sacerdote pronuncia estas palabras la promesa de estar con nosotros hasta el fin de los tiempos se cumple, siendo Jesús Dios-con-nosotros.

Ininterrumpidamente la Iglesia ha celebrado la fracción del pan, en la que se actualiza el único sacrificio de Cristo en el Calvario; se hace presente el Señor, se nos da en comunión y prolonga su presencia más allá de la celebración para ser distribuida a los enfermos y ancianos y ser adorada en el tabernáculo y en la custodia.

Los Padres de la Iglesia sostenían esta presencia de Cristo en la Eucaristía. San Justino señalaba que «estas cosas no las tomamos como

17 Cf. SAN IRENEO, *Contra los herejes*, 4,20

pan ordinario ni bebida ordinaria»¹⁸. San Ireneo afirmaba que por la acción del Espíritu Santo «el pan que es de la tierra recibiendo la invocación de Dios ya no es pan ordinario, sino Eucaristía»¹⁹. Y san Cirilo de Jerusalén apremiaba al fiel: «No los tengas, pues, por mero pan y mero vino, porque son Cuerpo y Sangre de Cristo según la aseveración del Señor»²⁰. Por tanto, el momento en que son pronunciadas las palabras del relato de la institución junto al descenso del Espíritu Santo sobre los dones, estos quedan eucaristizados; ya no hay pan y vino, sino el verdadero Cuerpo y Sangre del Señor Jesús.

Presencia que se desborda más allá de la celebración. De ahí que desde la primera cristiandad se reservara el pan eucarístico con el fin de portarlo a los enfermos como atestiguan las primeras fuentes litúrgicas y patrísticas. Tras la paz constantiniana, al levantarse las primeras basílicas para celebrar el culto, la reserva eucarística se hacía en el *sacrarium*, lugar adecuado en que se custodiaba el Cuerpo del Señor. Con la reflexión suscitada en torno a la explicación de la presencia real del Señor en la Eucaristía en el siglo IX por parte de los monjes de Corbie, aun manteniéndose doctrinalmente en parámetros católicos, se pondrá la base de la gran crisis del siglo XI con Berengario de Tours²¹, que llevará a sacar al lugar de la celebración la reserva eucarística. En un primer momento se situará junto al altar, en las denominadas

18 SAN JUSTINO, *Apología* 1, 66,2.

19 SAN IRENEO, *Contra los herejes* 4, 18,5.

20 SAN CIRILO DE JERUSALÉN, *Catequesis mistagógica* 4, 6.

21 Los monjes de Corbie, Pascasio Radberto y su discípulo Ratramno, explican la presencia real de Cristo situándose en dos extremos: el primero en el excesivo realismo, rozando el fisicismo, el segundo en el simbolismo. Ambos sostienen la presencia real de Cristo *in mysterio*, siendo más acertada la explicación de Pascasio al afirmar que el cuerpo de Cristo es el mismo de Palestina, pero de forma diferente. El problema vendrá cuando Berengario de Tours (s. XI) llevando al extremo la tesis de Ratramno señale el carácter meramente simbólico de la eucaristía. La localización de Cristo en el cielo es para él una dificultad insalvable a la hora de reconocer su presencia en la eucaristía, negando así la conversión verdadera del pan y del vino en el cuerpo y la sangre de Cristo y entendiendo su presencia a modo de *empanación*. El pan y el vino no cambian de sustancia, son un mero símbolo de Jesús. Los concilios romanos de Letrán (1059.1079) y otros sínodos locales condenarán la doctrina de Berengario, que sucesivamente se retracta, mas luego vuelve abrazar los errores.

palomas eucarísticas, que suspendidas del baldaquino evidenciaban la continuidad entre el sacrificio y la presencia del Señor; más tarde, el altar, sobre el que se colocará el tabernáculo, será adosado al ábside, subrayando de nuevo la presencia del Señor más allá de la celebración.

Esta crisis producirá una reacción no solo doctrinal, a través de las sucesivas condenas que reciben sus afirmaciones, sino también en el mismo culto eucarístico, dentro y fuera de la Misa. Así aparecerá en la liturgia la elevación en la consagración, las campanillas que advierten a los fieles la presencia de Cristo; la postura litúrgica adoptada en la consagración será ponerse de rodillas. La genuflexión, hasta este momento reservada al altar como expresión cristológica, comienza a hacerse a la Reserva eucarística. Paulatinamente crece el culto más allá de la Misa, comenzará la procesión del *Corpus* que por primera vez se celebró en Canterbury (1085) y con la Bula *Transiturus* del Papa Urbano IV se promulga para toda la cristiandad (1264). Se propaga la adoración eucarística, como expresión de reconocimiento de la presencia omnipotente de todo un Dios que ha querido quedarse encerrado en el misterio eucarístico. La Reforma suscitará doctrinal y litúrgicamente una respuesta enérgica por parte de Trento, que en sus diversas sesiones a través de los diferentes capítulos y cánones hace cristalizar toda la doctrina eucarística defendiendo el carácter sacrificial de la Misa, su valor infinito, la presencia real por una conversión sustancial a la que válidamente se denomina transustanciación, la necesidad de la comunión eucarística y cómo aquella presencia va más allá de la celebración, reclamando de los fieles un verdadero culto de adoración.

Con el correr de los siglos, la Iglesia a través de sus mejores hijos que son los santos nos ha testimoniado la importancia de la adoración eucarística para ser transformados en aquel a quien contemplamos en el Sacramento, sabiendo que lo determinante no es lo que hacemos, sino quiénes somos, amados de Dios. Al final de sus días, san Juan Pablo II recordaba a los jóvenes las certeras palabras del santo reformador carmelita: «Mientras te adoramos, ¿cómo es posible no pensar en todo lo que tenemos que hacer para darte gloria? Al mismo tiempo, sin embargo, reconocemos que san Juan de la Cruz tenía razón cuando

decía: “Adviertan, pues, aquí los que son muy activos, que piensan ceñir al mundo con sus predicaciones y obras exteriores, que mucho más provecho harían a la Iglesia y mucho más agradarían a Dios, dejado aparte el buen ejemplo que de sí darían, si gastasen siquiera la mitad de ese tiempo en estarse con Dios en oración”»²².

San Pablo VI recordaba en el *Credo del Pueblo de Dios* cómo la Eucaristía constituye el «corazón vivo de nuestros templos». Y utilizaba estas palabras para invitarnos a la adoración: «Estamos obligados, por obligación ciertamente suavísima, a honrar y adorar en la Hostia Santa que nuestros ojos ven, al mismo Verbo encarnado que ellos no pueden ver, y que, sin embargo, se ha hecho presente delante de nosotros sin haber dejado los cielos»²³.

La adoración recorre todas las páginas de la Sagrada Escritura: el fiel israelita escucha en lo profundo de su corazón: «Al Señor solo adorarás, solo a Él darás culto» (*Dt* 6,13); los magos, tras el esplendor del astro en una perseverancia ejemplar al llegar a la casa, donde estaba el niño con su Madre, «cayendo de rodillas lo adoraron» (*Mt* 2,11); el ciego de nacimiento tras reconocer a Jesús como un hombre extraordinario, un profeta, lo adora como verdadero Dios: «Creo, Señor. Y se postró ante él» (*Jn* 9,38); los discípulos acobardados ante el oleaje que ven calmar las aguas «se postraron ante él diciendo: “Realmente eres Hijo de Dios”» (*Mt* 14,33); aquellos que vienen a prender con saña a Jesús en el Huerto de los Olivos «al decirles “Yo soy”, retrocedieron, y cayeron a tierra» (*Jn* 18,6); las mujeres que de camino se encuentran con el Señor resucitado «le abrazaron los pies y se postraron ante él» (*Mt* 28,9) y los discípulos que son llevados cerca de Betania al monte de la Ascensión al ver cómo es llevado al cielo, «se postraron ante él» (*Lc* 24,51-52).

La experiencia terrible y profunda de Ezequiel ante la gloria de Yahveh (*Ez* 1,28) y de san Pablo ante el resplandor del Resucitado que lo envuelve (*Hch* 9,4) les hace caer derribados al suelo y reconocer su pequeñez ante un Dios todopoderoso que es bondad infinita. La adoración surge como un movimiento natural del corazón humano ante la

22 SAN JUAN PABLO II, *Homilía a los jóvenes*, 15 marzo 2005.

23 SAN PABLO VI, *Credo del Pueblo de Dios*, n. 26.

inmensidad de un Dios cuya grandeza no puede abarcar y la cercanía más tierna que lo atrae hacia su intimidad.

Los dos gestos con los que se expresa la adoración son la postración y el beso. En la postración se subraya el temor reverencial hacia aquel que es superior a la creatura. No en vano es la actitud que toma el vencedor sobre el vencido, la parte fuerte ante su súbdito. Por el contrario, el beso añade el matiz de amor, de necesidad de contacto e intimidad. Job nos describe cómo él no ha tomado el ejemplo de los paganos en el deseo profundo de tocar a su dios, que al no poder alcanzarlo se besaban la mano delante de la boca (*ad os = adorare*) lanzando ese beso a lo alto (cf. *Job* 31,26-27).

La acepción griega y la latina de «adoración» expresan la actitud del primero y segundo de los gestos respectivamente. Benedicto XVI lo recordaba de modo sencillo y profundo en la JMJ de Colonia: «La palabra griega es *proskynesis*. Significa el gesto de sumisión, el reconocimiento de Dios como nuestra verdadera medida, cuya norma aceptamos seguir. Significa que la libertad no quiere decir gozar de la vida, considerarse absolutamente autónomo, sino orientarse según la medida de la verdad y del bien, para llegar a ser, de esta manera, nosotros mismos, verdaderos y buenos. Este gesto es necesario, aun cuando nuestra ansia de libertad se resiste, en un primer momento, a esta perspectiva»²⁴. Postrarse ante Dios es un gesto liberador porque nos sitúa en el lugar que nos corresponde, como creaturas, hijos y discípulos, otorgándonos la prerrogativa más alta, la de la libertad.

Asimismo, Benedicto XVI recordaba cómo «la palabra latina para adoración es *ad-oratio*, contacto boca a boca, beso, abrazo y, por tanto, en resumen, amor. La sumisión se hace unión, porque aquel al cual nos sometemos es Amor. Así la sumisión adquiere sentido, porque no nos impone cosas extrañas, sino que nos libera desde lo más íntimo de nuestro ser».

Ambos términos convergen en el sentido profundo de la adoración cristiana que acontece en la participación de la mesa eucarística a la

²⁴ BENEDICTO XVI, *Homilía clausura XX Jornada mundial de la juventud, Colonia - Explanada de Marienfeld*, 21 agosto 2005.

que el Señor nos sienta. La iniciativa es suya, si le abrimos la puerta de nuestra libertad entrará y cenaremos juntos (*Ap 3,20*), reconoceremos su gloria y majestad, su poder y divinidad al escuchar las palabras que son capaces de transformar un poco de pan y un poco de vino en su propio Cuerpo y Sangre. ¡Solo Dios puede realizar tal prodigio ante el cual solo cabe postrarse y adorar!

Pero este poder se expresa en un amor delicado y tierno hacia cada uno de nosotros, porque se nos da en comida y bebida: *Tomad y comed, tomad y bebed...* El deseo infinito de plenitud y felicidad, de querer tocar, estrechar, abrazar al Verdadero y Único Dios se hace posible en el misterio eucarístico de forma desbordante y a la vez sorprendente, porque es el mismo Dios quien toma la iniciativa y desciende para abrazarnos, besarnos el alma y hacerse uno con cada uno de nosotros. Así lo recordaba san Juan de Ávila: «El amor que nos tienes te tiene en estas prisiones de accidentes de pan y de vino. ¿Quién podrá contar la grandeza de este amor con que vienes, pues que no puedes pasar un día sin dejar de ver a tu esposa, que es el alma cristiana; y no solo sin verla, mas aun estar muy cerca y abrazarla y juntarla contigo?»²⁵

De tal manera que al igual que el pan y el vino son transustanciados, nosotros quedamos transformados en Aquel a quien comemos recibiendo la vocación de transformar todas las realidades que tocamos en el Señor Jesús.

Necesitamos participar en la mesa de la Eucaristía, hogar de eternidad; necesitamos postrarnos en su Presencia, ante el Sagrario, ante la Custodia para recibir constantemente sus rayos transformadores. Solo los santos han transformado este mundo; si masticamos, contemplamos y adoramos cada día más y mejor a Jesús presente en el Misterio transformaremos este mundo en su designo de amor.

Hay una canción hermosa de *Hakuna* que me gusta escuchar: “El abrazo”. En ella se describe este gran regalo que Dios-con-nosotros nos ofrece: «Dejando la indiferencia, viviré de rodillas y abrazado. Dejando las diferencias, viviré de rodillas y abrazando». En un mundo en no pocas ocasiones descreído, indiferente ante el anuncio de Dios,

25 SAN JUAN DE ÁVILA, *Sermón 50*.

el corazón humano anhela salir de ese abismo, desea infinitud... y solo al abandonar la indiferencia y adorando, el corazón frío y de piedra puede ser abrazado y reconciliado con el Dios que todo lo puede y se llama Misericordia. Abrazado por él, en el gozo de saberse amado y querido, redimido y elevado, el corazón humano experimenta el gozo y la alegría y comienza a descubrir al mismo Dios en todos y cada uno de los hermanos, en quienes no ve diferencias, rivales, sino regalos de Dios, oportunidades en su camino, a quienes ha de abrazar, como el Padre en Cristo le ha abrazado a él.

Esta transformación la opera el Señor por medio del Espíritu Santo. Ya la samaritana escuchó del mismo Jesús aquellas novedosas palabras: «Los verdaderos adoradores, adorarán al Padre en espíritu y en verdad» (Jn 4,23). La adoración no se constriñe a un lugar geográfico determinado, sino que acontece en cada uno de los corazones que han recibido el verdadero Espíritu, el del Padre, y se han hecho uno con Cristo, la Verdad. La adoración eucarística constituye un verdadero encuentro con las tres divinas personas; y permaneciendo en esta hoguera de gracia se produce un verdadero encuentro eclesial. La Iglesia vive de la Eucaristía, la confecciona, pero también la Eucaristía hace crecer a la Iglesia y la conduce a la comunión deseada del Señor Jesús.

Asimismo, la adoración eucarística no solo proviene de la celebración del sacrificio, sino que nos vuelve a conducir a él, como escuela permanente de entrega sin reservas. San Juan Pablo II, urgía a todos los fieles a ir al encuentro del Señor vivo en la Eucaristía, que es digno de acción de gracias y de culto y que se debe manifestar «en nuestros encuentros frecuentes con el Santísimo Sacramento, en diversas formas de devoción eucarística: plegarias personales ante el Santísimo, horas de adoración, exposiciones breves, prolongadas, anuales (las cuarenta horas), bendiciones eucarísticas, procesiones eucarísticas, Congresos Eucarísticos»²⁶.

Hemos de elevar una acción de gracias a Dios, porque en nuestra archidiócesis de Toledo ha suscitado corazones enamorados de Jesús Eucaristía en la vida de tantos santos a lo largo de los siglos y en los

26 Cf. SAN JUAN PABLO II, *Carta Dominicae Cenaе*, n.3.

últimos años nos ha regalado la adoración perpetua en diversos lugares de la geografía diocesana. Es una necesidad de todo cristiano que se ha encontrado con Jesús vivo, permanecer en su intimidad como un movimiento natural de su corazón agradecido. Si no se adora es que no creemos que Cristo está presente ahí.

El cercano Congreso Eucarístico Diocesano pretende avivar en todos los fieles laicos, sacerdotes y vida consagrada el amor personal y cotidiano por Jesús Eucaristía. La sierva de Dios Teresa Enríquez de Alvarado, recientemente declarada venerable, que vivió locamente enamorada de Jesús Eucaristía y de los más necesitados, sea para nuestra Iglesia particular un estímulo en la preparación de las jornadas que viviremos el próximo mes de junio y nos enseñe a elevar nuestra mirada al Señor en el Sacramento y a decirle desde lo más profundo del corazón: ¡Te adoro, Jesús, escondido en la Hostia, sé tú el cimiento y la meta de mi existencia!

III. ALGUNAS SUGERENCIAS PRÁCTICAS

1. Acentos en las celebraciones

Nuestra Santa Madre Iglesia desea vivamente que los Congresos Eucarísticos, allá donde se celebren, sirvan para que todos los participantes en los mismos sean ayudados a «profundizar juntamente el misterio de la Eucaristía bajo algún aspecto particular y venerarlo públicamente con el vínculo de la caridad y de la unidad»²⁷.

El Congreso Eucarístico al que ahora os convoco, sacerdotes miembros de la Vida Consagrada y laicos de nuestra archidiócesis de Toledo, culminará el camino pastoral de mis primeros tres años de Ministerio Episcopal en Toledo, centrados en una llamada a que todos pongamos, como horizonte común de nuestra vida cristiana, la santidad, en la estela de la enseñanza más profunda del Concilio Vaticano II (LG cap. V), destacada por San Juan Pablo II en *Novo millennio ineunte* (Parte

²⁷ Cf. *Ritual de la Sagrada Comunión ...*, n. 109.

IV, nn. 30-32) en el camino para la Iglesia en este tercer milenio cristiano y nuevamente enfatizado por el Papa Francisco en su exhortación apostólica *Gaudete et exsultate*, como lo había sintetizado también, en abril de 2011, Benedicto XVI, en una catequesis de los miércoles con ocasión de la audiencia general a los peregrinos.

Me parece evidente querer culminar este camino como Iglesia en Toledo recordando, experimentando y testimoniando que este horizonte de santidad solo puede ser alcanzado participando de un modo cada vez más pleno en la Eucaristía, celebrada, comulgada, adorada y hecha vida de nuestra vida.

No se trata de añadir un elemento más a la tarea pastoral ordinaria de este final de curso, sino de enfatizar, desde esta perspectiva, la Eucaristía como fuente y escuela de una santidad que brota de la participación como hijos en el Ser Caridad de Dios, nuestro Padre, y, del impulso de su Espíritu, que nos une a Jesucristo para dar la vida en rescate por muchos.

Se trata de aprovechar la preparación inmediata a las Primeras Confesiones y Comuniones para ayudar a los catecúmenos, a sus catequistas y a sus padres a descubrir esta dimensión esencial de la vivencia completa y plena de la Eucaristía mientras se prepara y celebra con ellos estos sacramentos.

También es la oportunidad para orientar las homilias dominicales de la próxima Pascua, y con ellas a toda la comunidad cristiana, a renovar vitalmente, como ritualmente lo hicieron en la noche santa de Pascua sus compromisos bautismales, mediante la dinámica que reiteradamente imprime en nosotros la Eucaristía, cuando realmente la celebramos, la comulgamos, la adoramos y dejamos inspire cada una de nuestras acciones libres y personales.

Así, el domingo 7 de abril, segundo de Pascua, llamado de la Divina Misericordia, podemos recordar cómo somos llevados por Jesús, en cada Eucaristía, al camino de la fe, para aprender a reconocer su presencia viva entre nosotros.

El domingo 14 del mismo mes, tercero de la Pascua, nos permite revivir la experiencia de los Emaús, dejándonos curar el corazón puri-

ficado por el fuego de la Palabra de Dios, resucitado para descubrir a Cristo en los hermanos, especialmente los más necesitados, y en las especies eucarísticas donde Él se nos ofrece como alimento para los peregrinos de la vida.

Al llegar al domingo 21 de abril, cuarto de Pascua, conocido como el del Buen Pastor, descubrimos, una vez más, a Jesús que, como Buen Pastor, da la vida para redimirnos y llevarnos, en la comunión con Él, a la comunión eclesial formando realmente un solo rebaño bajo un solo Pastor.

Cumpliendo el tiempo el 28 de abril, quinto de Pascua, será bueno que todos tomemos conciencia que hemos sido injertados en la Vid, que es Cristo, por la Iniciación Cristiana que se actualiza para nosotros en cada Eucaristía para que demos frutos, frutos de vida eterna, para que cumplamos los mandamientos y realicemos nuestra vida según las bienaventuranzas.

Ya en mayo, el día 5, sexto domingo de Pascua, vuelve el Señor a insistirnos en que la unión con Él ha de llevarnos a vivir la caridad que la Eucaristía siembre en nosotros para que podamos dar fruto y obtener del Padre cuanto le pidamos, como Cristo, porque realmente deseamos que se cumpla su voluntad “así en la tierra como en el Cielo».

El 12 de mayo, domingo en que celebramos la Ascensión del Señor, la Eucaristía se nos revela como la fuente de la acción misionera de la Iglesia, que no es el resultado de un cuidadoso marketing, ni solo de la destreza para utilizar los modernos medios de comunicación social, sino el fruto de un encuentro personal con el Señor que nos muestra la Verdad y nos da la vida eterna; quien lo ha vivido no puede ya silenciar, o dejar de comunicar a los demás, lo vivido, con los hermanos, en la Iglesia.

Así llegaremos a la Solemnidad de Pentecostés, el 19 de mayo, y se actualizará para nosotros el acontecimiento de la efusión del Espíritu Santo sobre la Iglesia naciente. El mismo Espíritu Santo que cubrió a María con su sombra en la Encarnación, el mismo Espíritu que en cada Misa hace posible que la Iglesia, por medio de sus sacerdotes, que actúan como presencia visible de Cristo cabeza y esposo de la misma

Iglesia, convierta el pan y el vino de nuestros dones, puestos sobre el altar, en Cristo todo entero con su humanidad y su divinidad. El mismo Espíritu que en cada celebración de la Eucaristía, tras la Consagración, se derrama sobre los que estamos celebrando y vamos a comulgar, para que nos hagamos una sola cosa en el amor y seamos con Él víctimas vivas para alabanza de la Gloria del Padre.

Tras la Pascua, ya retomado el Tiempo llamado Ordinario, pero claramente aún en la estela de la Pascua florida, el domingo 26 de mayo celebraremos la solemnidad de la Santísima Trinidad.

La Pascua de Cristo culmina nuestra Redención, pero también la Revelación que en Él Dios ha hecho de sí mismo. La Trinidad es un Misterio que nunca terminamos de abarcar en este mundo. En la Eucaristía, prenda de Gloria Eterna, pregustamos la visión de nuestro Dios uno y trino, Padre, Hijo y Espíritu un solo Dios verdadero. Lo hacemos tras el velo de los signos, pero realmente participamos, ya en prenda, de la Mesa eterna del Cielo donde gustamos como alimento el mismo ser de Dios.

Celebrar la Trinidad en el Año Litúrgico no es solo confesar nuestra fe Bautismal, es alabar y bendecir a Dios por hacernos comprender que en el seno se la Trinidad tenemos cada uno una morada que nos aguarda.

Finalmente, a las puertas de la inauguración de nuestro Congreso Eucarístico Diocesano, el domingo dos de junio, celebraremos la solemnidad del Cuerpo y la Sangre del Señor como una solemne y pública acción de gracias a dios por el don inestimable que es este Augusto Sacramento.

Aquí en la Eucaristía comprendemos el significado de las promesas del señor y gustamos ya su cumplimiento «tomad y comed, esto es mi cuerpo» y «tomad y bebed, esta es mi sangre». La fuente de la vida resucitada. El vínculo de la unidad. La medicina para nuestros cuerpos y nuestras almas.

Este camino homilético dominical, a lo largo de nueve semanas, desde Pascua al Corpus, constituirá una auténtica catequesis eucarística que permitirá que todos vivamos cada vez de modo más pleno el Santo Sacrificio y el Augusto Sacramento, cumpliendo así plenamente lo que pide el Ritual en su número III, apartados a y b.

2. Aportaciones a las catequesis

Hemos señalado la importancia de la preparación inmediata con niños, padres y catequistas, así como la celebración litúrgica de primeras confesiones y comuniones ayudando a que sean realmente culminación de todo el proceso catequético que las precede.

Ahora quisiera sugerir unos acentos para la Catequesis de Primera Comunión y Confesión, que pueden ser útiles para los niños y toda la Comunidad que, de un modo u otro, les acompaña en esta recta final de su primer acceso a los sacramentos de la Eucaristía y la Reconciliación.

En las dos últimas catequesis dentro de la Cuaresma previas a su Primera Confesión, mostremos el nexo estrecho entre los sacramentos de la Reconciliación y la Eucaristía: a) Como la Eucaristía, en la Celebración de la Misa, hace presente el Sacrificio Redentor de la Cruz, que es el que hace posible que se puedan perdonar los pecados, particularmente los graves, mediante el sacramento de la Penitencia, presidido por los ministros de la Iglesia; b) De qué modo el estado de gracia, restablecido y alimentado por el sacramento de la Penitencia, es necesario para poder realizar esa participación plena en la Eucaristía que se alcanza, de modo ordinario, mediante la Comunión.

Las catequesis que se impartan a lo largo del Tiempo Pascual, antes o después de la celebración de las Primeras Comuniones, conviene sean un repaso o insistencia sobre la conexión estrecha entre participación eucarística y vida cristiana: oración, apostolado y ejercicio de la caridad.

La primera de estas Catequesis Pascuales nos ha de recordar hasta qué punto, como se ha vivido en Semana Santa y Triduo Pascual, en las iglesias con la Liturgia y en las calles con las Procesiones y otras manifestaciones de Piedad Popular, la celebración del Misterio Pascual reclama particularmente la convocatoria y congregación de todos los cristianos de una parroquia o parroquias en un lugar.

Por eso, desde época apostólica, los cristianos se reunieron numerosos cada domingo para celebrar la Eucaristía con ocasión de la Pascua semanal. Reunirnos en grupos, mejor en Iglesia, es algo connatural al

Sacramento de la Eucaristía. Por eso a él nos convocan las Campanas y por eso el Canto de entrada aúna todas nuestras voces en un solo canto. Nos reúne Cristo muerto y resucitado y nos coloca ante Dios su Padre, vinculados por su Espíritu Santo. Por eso nuestra reunión ante el Altar del Cielo y su escabel, que es nuestro altar de la Tierra, asocia reverencias, besos, incienso, aclamaciones e himnos, como los Kyries y el Gloria, y oraciones, como la llamada colecta.

La segunda catequesis, evocando el bautismo, singularmente si la Comunidad los vivió en la Noche Santa, presentará el misterio de un Cristo muerto y resucitado para dar muerte a nuestros pecados y hacernos partícipes de su vida. Como todos entramos y salimos con Cristo de la muerte, al entrar y salir del agua todos somos invitados a actualizar nuestra petición de perdón a Dios y a los hermanos por nuestros pecados, sea los domingos con el rito de la Aspersión con agua bendita, sea con uno de las tres formas de Acto Penitencial.

La tercera catequesis invitará a descubrir el nexo entre la Eucaristía y la Palabra de Dios reflejada en las Sagradas Escrituras.

Siempre que se celebra un sacramento conviene proclamar de algún modo, por breve que sea, aquellos pasajes bíblicos de la Historia de la salvación que anuncian, como profecía o como institución, el Sacramento que se ofrece. Pero en el caso de la Eucaristía, a lo largo de todo el año litúrgico, se proclaman, asociadas a la Misa, al menos moralmente, todas las Sagradas Escrituras, porque éste es el Sacramento de Todo Cristo, no como los otros de alguna de sus más notables acciones.

Insistamos en lo importante que es escuchar y gustar, al menos domingo a domingo, del núcleo fundamental a la Palabra de Dios. Insistir en que no se llegue tarde a este inicio de la Misa. Insistir en que se lean bien las lecturas y se cante, al menos el estribillo de Salmo responsorial. Que el Evangelio se proclame solemnemente los domingos y solemnidades y se cante, siempre que se pueda, el Aleluya o el versículo que preceden al evangelio.

La homilía ha de ser cuidadosamente preparada en oración y estudio a lo largo de la semana anterior. Ha de articular los nexos: palabra-

sacramento, fiel-comunidad, comunidad-Iglesia y celebración-vida, que se integran en la relación bautizado-Santísima Trinidad.

La cuarta de estas catequesis mostrará hasta qué punto la escucha eclesial de la Palabra de Dios nos lleva a renovar nuestra profesión de fe bautismal con el Credo, a interceder por vivos y difuntos en una oración universal, a concretar nuestra caridad fraterna con un signo de caridad mediante la colecta y a expresar al señor nuestro deseo de actualizar sus gestos en el sacramento de la Eucaristía, presentando los elementos naturales necesarios para su confección (*de tuis donis ac datis*).

En la quinta catequesis hemos de tomar en serio que el centro de la celebración de la Misa es la Plegaria Eucarística que da nombre a la celebración, pues en ella se concentran los gestos y palabras que constituyen el Memorial de Jesucristo, nuestro salvador, de ella nace la presencia, que fundamenta y hace posible la comunión y la adoración. En ella, lo eterno toca el tiempo y lo orienta hacia sí; en ella, toda la creación recobra su genuino orden y, los pecadores, perdonados, nos vemos integrados en el eterno coloquio de la Trinidad como prenda de la Gloria futura. Anamnesis del Señor y su obra salvadora, que asume toda la Historia de Salvación. Epiclesis, para transformar el pan y el vino, así como para que podamos actuar como Iglesia suya, prolonga su obra y con Él se hace una sola víctima para gloria del Padre, como expresa la Doxología final.

La sexta y última catequesis nos llevará a tomar conciencia de cómo, desde la Plegaria Eucarística, todo nos lleva a todos a entrar en comunión con Cristo y por Él con toda la Iglesia: comunión en la oración y deseos, al rezar el Padrenuestro; en los sentimientos y actitudes, dominados por la caridad, al darnos la paz; y el modo más perfecto, al comulgar siendo una sola cosa con Él, al comer su cuerpo y su sangre, humanidad y divinidad. En este punto será importante que todos recordemos por qué la comunión eucarística hace posible tanto toda la acción de la Iglesia para salvar al mundo y hacer de él una alabanza a Dios como nuestra futura resurrección.

CONCLUSIÓN

El itinerario espiritual que os proponemos con este Congreso Eucarístico Diocesano es una ocasión para vivir más a fondo el misterio central de nuestra fe: la Encarnación del Hijo de Dios que ha venido a salvarnos y se ha quedado con nosotros sacramentalmente en la Eucaristía, fuente y culmen de la vida cristiana.

Me gustaría que toda la comunidad diocesana se sintiese interpelada a vivir una Pascua de fuerte acento eucarístico, y que os pudierais acercar a algunas de las sedes del congreso para celebrar juntos lo que da sentido a nuestra vida de Iglesia. La Eucaristía construye la Iglesia, y, ojalá, podamos celebrarlo todos juntos en la jornada final en Torrijos con la que daremos gracias a Dios por tantas bendiciones recibidas, en este curso y en toda nuestra vida.

Recibid mi bendición agradecida, y repitamos juntos la oración con la que queremos ir calentando el corazón para vivir este tiempo de gracia que el Señor nos regala.

Oración Congreso Eucarístico Diocesano 2024

Señor Jesús,
Verbo eterno del Padre hecho carne en el seno virginal de María,
colocado en el pesebre y elevado en la cruz por nuestra salvación.

Tú nos abres el hogar del cielo en el banquete de la Eucaristía,
al que nos sientas para que, al comer tu Cuerpo y al beber tu Sangre,
seamos transformados en ti para extender tu Reino.

Enciéndonos en tu Espíritu,
para que el Congreso Eucarístico Diocesano
avive nuestro amor a ti, presente en el Sacrificio del altar;
y así, recibéndote con fe, te adoremos en el Sacramento,
te reconozcamos en todos nuestros hermanos,
y nuestra vida sea un verdadero sacrificio de alabanza,

que haga de nuestra Iglesia de Toledo
un signo creíble de tu amor al mundo.
Amén.

Toledo, 14 de febrero de 2024
Miércoles de Ceniza

Francisco Cerro Chaves
Arzobispo de Toledo
Primado de España

